

# El retorno de don Beltrame 20.11.81

«¿A quién no sirve?», me atreví a preguntar aquí cuando algunos periódicos mimados por los hombres de Suárez machacaban el futuro de Suárez. Destruyeron su presente; le desmoronaron por dentro; fomentaron las causas de su caída que —salvo las internas de UCD y las psicológicas— ustedes buscarán inútilmente en el libro d'En Josep Meliá. Ahora, durante esta etapa que la nueva fontanería llama *la segunda transición* tras aquella genialidad previa al 23-F («La transición ha terminado»; respuesta «post fáctum»: «No; pero ha estado a punto»), circulan, cual falsa moneda, ciertos valores entendidos: primero, ya no hay fontaneros en la Moncloa; segundo, Suárez, sin futuro político, no volverá. Tres falsedades en una: ésta no es la segunda transición, sino la misma transición; milagrosa y precariamente recuperada. La fontanería es inherente al edificio, no al inquilino; y aunque en tanta polvareda perdimos a don Beltrame, quisiera aplicar el romance, no sin cierta licencia, al don Beltrame con castillo en Avila, arriesgada carrera política tras el favor de la Corte, vencedor de su leyenda y su caída, clave de la primera transición nacional, creado duque, por supuesto; capaz de volver y de no desaparecer hasta 1492, nada menos; cuando de verdad había terminado la transición.

En fin, que ha vuelto de nuevo; no es que vaya a volver. Y con su retorno ha consumado su primera y quizá decisiva victoria política. Verán.

Cinco arcángeles —dos en ejercicio, dos caídos, un excedente que busca nidal ajeno— le preceden como en un tapiz solar de Guido Reni. Uno de ellos, Rafael Calvo, me enviaba a Lugo para cantar allí, el 15 de junio, las glorias del centro-centro. Yo no podía ir a Lugo a proclamar ante un electorado de centro-derecha lo contrario de lo que se me pedía; y se le puede hacer a todo el mundo una faena política menos a Rafael. Veo, con satisfacción, que se ha encargado de tan difícil cometido Paco de la Torre, que portaba el transistor del 23-F atribuido por inocente maniobra informativa a Fernando Abril. Me quedo, pues, en la canícula para subrayar ante ustedes las circunstancias del secreto retorno.

Dijo que era el presidente del Gobierno con mayor duración en toda la España contemporánea. Se olvidó de uno que le ganó por cosa de meses y, adviertan el dato, se llamaba Leopoldo. Pero los seis primeros presidentes galardonados con corona ducal, de Prim para acá, la recibieron a título póstumo; el almirante Carrero exhibía los retratos de cuatro en el antedespacho y no le valió. El séptimo caso ha sido, felizmente, la excepción: el único ducado presidencial que recae en un superviviente.

Situémosle ya en su nuevo domicilio. Si lo gramos superar El Tema (no diré una palabra hoy sobre El Tema, pero un historiador tenía

que citarlo), esta nueva etapa de la mismísima transición va a interpretarse en clave dialéctica entre la Moncloa y la Florida. El reciente documento de la Ejecutiva de UCD («histórico» dijo; con razón, aunque no por esa razón, el citado arcángel) ha sido una maniobra política de Adolfo Suárez digna de su tremendo sentido táctico; y de esa visión estratégica que alguien sigue obstinado en no reconocer. Haber ocultado, además, la victoria personal después de descolocar y arrinconar, quizá decisivamente, a su gran rival de la fase anterior, Landelino Lavilla, demuestra no solamente las grandes posibilidades de Suárez, sino, sobre todo, la realidad del regreso de Suárez cuando todo el mundo sigue situando en futuro lejano la incógnita de ese regreso. La actuación subliminal de los nuevos fontaneros, en la por lo demás espléndida entrevista de Rosa María Mateo (que es una transición por sí misma) con el presidente, culmina toda una maniobra: la broma de los seiscientos teléfonos; las infiltraciones galaicas en la fundación; las declaraciones, admirables, a Guillermo Luca de Tena; los almuerzos bancarios en pleno y Comisión, ante la que deseo descubrirme públicamente; porque demuestra que el presidente y sus adjuntos se han dado cuenta; antes que nadie, del regreso de don Adolfo sin que se haya disipado aún la polvareda de su marcha. No ha sido una desaparición, sino una hégira.

La fuerza del duque supérstite no es ese falso populismo que le achacan, todavía hoy, sus prematuros enterradores; sino un verdadero populismo, sobre el que el señor Meliá debe ciertos derechos de autor. Mucho más hundido estaba tras el accidente de Adanero, y ya ven ustedes cómo supo regresar a su última plataforma de lanzamiento. Ahora no necesita volver. Ya ha vuelto. Querido Emilio Romero, no te enfades porque aplique a tu insigne paisano el mismo pronóstico de retorno que publiqué sobre ti con motivo de tus falsas exequias. Tú has vuelto en plenitud; él ya ha empezado. Me encanta, que la gente vuelva; que Castilla empiece a rehacer sus hombres tras gastarlos. No escribo esto por gratitud; estoy con el duque a cero y en paz; lo escribo así porque lo veo así. Me faltan por explicar sus bazas para el retorno; y como discípulo del maestro Tarradellas diré que su primera baza se llama Amparo, primer reencuentro tras el aterrizaje forzoso. Luego tendré que hablar de los cinco arcángeles; uno puede ayudarle, dos le seguirán hundiendo, el excedente tratará de volver y al quinto tendrá que podarle las alas y prohibirle leer periódicos; pero no es un traidor. Describiré inevitablemente el pequeño enjambre de sus demonios familiares y el aula abnegada de sus *fidels* y sus *gardingos*. Pero le conozco a fondo: no volverá, ya ha vuelto. Nunca le alabé por halago; jamás le defendí sino por convicción. Ahora, tras adivinar su retorno, voy a contarles los detalles.—Ricardo de la CIERVA